

Revista de Indias, 2007, vol. LXVII, núm. 240
Págs. 573-606, ISSN: 0034-8341

DEL ANTICOMUNISMO AL ANTINACIONALISMO: LA PRESIDENCIA EISENHOWER Y EL GIRO AUTORITARIO EN LA AMÉRICA LATINA DE LOS AÑOS 50*

POR

VANNI PETTINÀ
Instituto de Historia, CSIC

Este trabajo ofrece una explicación de las razones que llevaron la administración republicana de Dwight Eisenhower (1953-1961) a desarrollar una política de apoyo a los regímenes autoritarios latinoamericanos de los años 50. Consideramos que durante las dos precedentes presidencias democráticas de Franklin Delano Roosevelt y de Harry Truman la política exterior estadounidense había mantenido una posición de compromiso con los proyectos de reformas social y política, llevados a cabo por una nueva elite nacionalista que había hecho su entrada en el escenario continental al final de los años veinte. La hipótesis central es que en los 50, en un contexto internacional diseñado por la «Doctrina de la Coexistencia Competitiva» elaborada por Moscú, Washington maduró una percepción del fenómeno político nacionalista como instrumento potencial de la estrategia de expansión soviética en las regiones en vía de desarrollo. En América Latina el resultado de esta percepción fue la ruptura por parte estadounidense del compromiso nacionalista de los años 30-40 y, consecuentemente, su alineación con las fuerzas antidemocráticas del continente.

PALABRAS CLAVE: *Nacionalismo latinoamericano, democracia y autoritarismo en América Latina, Dwight Eisenhower, política exterior estadounidense, Guerra Fría.*

INTRODUCCIÓN

Dos elementos llaman la atención en el paisaje político latinoamericano de los años 50: la inversión del proceso de democratización social y política que se había dado a lo largo de los años treinta y cuarenta y el papel, a veces complementario, a veces protagonista que la política exterior de EE.UU., bajo la presi-

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación, HUM2006-00908/HIST, financiado por el MEC, dirigido por Consuelo Naranjo Orovio desde el CSIC.

dencia republicana de Dwight Eisenhower (1953-1961)¹, desempeñó como estímulo a ese «giro autoritario».

Así, mientras las Políticas de Buena Vecindad —inauguradas por el Presidente Franklin Delano Roosevelt (1933-1945)² y sustancialmente mantenidas bajo la presidencia de Harry Truman (1945-1952)— se habían traducido en una posición generalmente favorable hacia los procesos de reforma en América Latina, la toma del poder por parte de la nueva administración republicana empujó la política exterior de Washington hacia una poco disimulada simpatía por los gobiernos autoritarios. Siguiendo esta política, Eisenhower brindó su apoyo a la dinastía nicaragüense de Anastasio Somoza que detentaba el poder en el país centroamericano desde la mitad de los años 30 y que, con el comienzo del conflicto bipolar entre Washington y Moscú (1947-1992), se había vuelto un aliado de confianza en la lucha contra los comunistas tanto en Nicaragua, como en Centro América. Siempre por su méritos anticomunistas, el Presidente estadounidense otorgó durante ceremonias oficiales las Legiones de Honor a Manuel Ordía y a Pérez Jiménez, dictadores, respectivamente de Perú y de Venezuela³. De la misma manera, Eisenhower hizo público el gran respecto que tenía al General Alfredo Stroessner, dictador de Paraguay y Leónidas Trujillo, homólogo dominicano⁴. Otro caso igualmente significativo es el cubano, donde la proclamada diplomacia de la no interferencia en los asuntos internos de la isla se tradujo, durante los años de la insurrección castrista (1956-1959), en un apoyo *de facto* de Washing-

¹ Elegido Presidente de los Estados Unidos en 1952, Dwight Eisenhower había pasado gran parte de su vida como oficial del ejército. Después de haber estudiado en la academia militar de West Point, durante la Segunda Guerra Mundial escaló las posiciones más importantes en el mando aliado. Habiendo sido antes jefe de la operación Torch (1942), nombre en código del desembarco aliado en África, fue nombrado Comandante Supremo de las tropas aliadas en Europa y coordinador del desembarque en Normandía (1944). Acabada la Guerra fue Jefe del Estado Mayor del ejército estadounidense (Chief of Staff) desde 1946 hasta 1948, Rector de la Columbia University y finalmente comandante de las tropas de la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN) desde 1950 hasta su elección como presidente. NEAL, 1978. AMBROSE, 1983.

² GILBERT, 2004: 84. Véase también RUIZ JIMÉNEZ, Vol. 30/ 3, (Octubre 1998): 551-571.

³ El General Manuel Ordía se levantó en 1948 en contra del presidente Bustamante y Rivero, detentando el poder hasta 1956, cuando las elecciones convocadas por el régimen militar fueron ganadas por Manuel Prado. Pérez Jiménez ganó la presidencia de Venezuela en 1952 por medio de una abierta manipulación de los resultados electorales. Para mantener el poder frente a las crecientes contestaciones tuvo que dar lugar a una siempre más estricta dictadura que llegó a su fin en 1958.

⁴ RABE, 1988: 86-87. El General Alfredo Stroessner tomó el poder en Paraguay en 1954 a raíz de un golpe de estado en contra del presidente Federico Chávez, del Partido Colorado. Stroessner mantuvo el poder hasta 1989. Remonta a 1930 la dictadura de Leónidas Trujillo. Trujillo, jefe de la policía nacional dominicana creada por las tropas de ocupación estadounidense que permanecieron en la isla caribeña entre 1916 y 1924, se levantó en 1930 en contra del presidente Horacio Vázquez, instaurando en el país una larga dictadura que perduró hasta 1961, cuando fue asesinado por un complot organizado por disidentes del régimen, ayudados por miembros tradicionales del *entourage* del dictador.

ton al régimen del Coronel Fulgencio Batista⁵. Además, como afirma Stephen Rabe, la política de la administración Eisenhower no se limitó al solo establecimiento de relaciones cordiales con los dictadores latinoamericanos, sino que también funcionó como un actor activo del fenómeno de «autoritarización» de los espacios políticos continentales. En este sentido, el papel jugado por la CIA en el golpe que en 1954 llevó al derrocamiento de la presidencia nacionalista de Jacobo Arbenz, legítimamente elegido por los guatemaltecos a principios de 1952⁶, es ciertamente emblemático.

Finalmente, el creciente apoyo dado por la administración Eisenhower a las dictaduras latinoamericanas queda bien reflejado en las palabras pronunciadas durante un encuentro entre John Foster Dulles, Secretario de Estado durante la presidencia republicana, y varios funcionarios del Departamento de Estado, recordadas por Robert Woodward quien entonces era Embajador estadounidense en Costa Rica. Según Woodward, durante dicha reunión John Foster Dulles invitó a los participantes «a que no hicieran nada para ofender a los dictadores; ellos son las únicas personas en las que podemos confiar»⁷.

Considerando este escenario, el objetivo del presente trabajo es el de proporcionar una explicación del porqué la presidencia republicana se volcó hacia una estrategia de apoyo tan decidido a interlocutores de carácter autoritario, que sea, al mismo tiempo, alternativa a la que podríamos definir como «crítica economicista»⁸ a la cuestión que estamos debatiendo. Los autores que se inscriben bajo este rótulo afirman que la razón de una política de apoyo a los regímenes autoritarios latinoamericanos en los años 50 estaría en el conflicto entre las políticas ultra-liberales de la administración Eisenhower y el proteccionismo de los gobiernos nacionalistas reformadores del continente, cuyos orígenes se remontan a los años 30 y 40. De hecho, a partir de 1929 en diferentes estados de América se asistió a la progresiva articulación de movimientos políticos cuyos sujetos constituyentes fueron por un lado sectores de capas medias, en particular funcionarios estatales y profesionales privados, pequeños empresarios a los cuales a veces se

⁵ RABE, 1988: 87. La figura política de Fulgencio Batista había emergido en Cuba durante la Revolución de 1933, cuando, al mando de un grupo de jóvenes suboficiales del ejército cubano se había levantado en contra del Gobierno de Manuel de Céspedes, sucedido a la dictadura del depuesto General Gerardo Machado, y entregando el poder en las manos de Grau San Martín líder de los estudiantes universitarios cubanos. En el desorden desencadenado por las reformas radicales llevadas a cabo por Grau, Batista emergió como figura fuerte del escenario cubano. En 1934, Batista retiró su apoyo y lo de las fuerzas armadas al líder estudiantil y lo entregó nuevamente en las manos de Carlos Mendieta, quedándose, de hecho, como el verdadero poder detrás de la fachada del nuevo gobierno. En 1944, Batista perdió en comicios electorales regulares a favor del Partido Auténtico que gobernó la isla desde 1944 hasta 1952, cuando Batista retomó el poder por medio de un golpe de estado en contra del candidato ganador de las elecciones, Carlos Prío Socarrás.

⁶ GLEJESES, 1991: 294-342.

⁷ RABE, 1988: 87.

⁸ APPLEMAN WILLIAMS, 1972. SIEKMEIER, 1999. LOYAZA, Vol. 14/ 3, (Septiembre 2003): 83-105.

añadían pequeños y medianos productores agrícolas, cuyo número había aumentado durante el ciclo de expansión de las economías exportadoras. Por el otro lado, y en medida menor respecto a la participación de las capas medias, dichos movimientos fueron integrados por sectores pertenecientes al proletariado urbano proveniente originariamente del campo y cuyo ritmo de urbanización había seguido las fluctuaciones de los precios de los productos de exportación, hasta la urbanización de masa siguiente a la crisis del 29. Es esta una generación que se definía como nacionalista al proponerse como objetivo el de la ampliación de los confines sociales y políticos de la nación liberal poscolonial. A pesar de la heterogeneidad que caracterizó las manifestaciones políticas de este fenómeno, podríamos identificar en la desconfianza en los mecanismos de representación política liberal, considerados como instrumentos de abertura y integración social, un elemento común entre los diferentes movimientos; al contrario, se registraba una confianza bastante extensa en la posibilidad de alcanzar el objetivo de la ampliación nacional por medio de reformas económicas volcadas hacia el estímulo de la industrialización, la creación de un mercado interno y acentuando el control por parte del estado sobre los procesos económico. A grandes rasgos, podríamos afirmar que esta generación de reformadores nacionalistas logró llegar al poder en diferentes escenarios políticos del continente entre la mitad de los años 30 y los 50. En los años 30, el punto de partida de este fenómeno podría probablemente ser considerado la Alianza Popular Revolucionaria Latinoamericana (APRA) de Haya de la Torre, seguido por la segunda ola revolucionaria mexicana, liderada por Lázaro Cárdenas, en 1934. En Cuba se presentó bajo las formas del primer «batistado» (1934) que aglutinaba a su alrededor un complejo conjunto de fuerzas nacionalistas radicales, como por ejemplo el ABC o la Unión Nacionalista Revolucionaria y que dio vida a la nueva y muy avanzada Constitución de 1940. En Brasil, encontramos el *Estado Novo* de Getulio Vargas mientras, en Argentina no hace falta decirlo, es el Peronismo del final de los años 40 que encarnó la abertura del proceso de ampliación de la nación. De manera diferente en Chile el intento de inclusión aconteció en el marco del orden constitucional liberal y en correspondencia de la victoria electoral del Frente Popular, integrado por Comunistas, Socialistas y Radicales, en 1937. En los años 50, la continuación de esta primera generación nacionalista contemporánea está bien representada por el gobierno de Jacobo Arbenz, elegido presidente de Guatemala en 1951 y el Movimiento 26 de Julio, del cual Fidel Castro es uno de los líderes principales que logró el poder en 1959 después de una lucha de guerrilla de tres años. Finalmente, cabe recordar la revolución boliviana de 1952, llevada a cabo por el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Víctor Paz Estenssoro⁹.

⁹ ANNINO, 1994: 550. CARMAGNANI, 1975: 16-17. HALPERIN DONGHI, 1998: 295-296. KNIGHT, Vol. 20/2, (2000): 147-186. LAMBERT, 1973. RUESCHMEYER, HUBER STEPHENS, STEPHEN, 1992: 185.

Para los autores que hemos citado poco antes, la opción política del autoritarismo continental perseguida por Washington durante los 50, representaría una estrategia instrumental para la defensa de los intereses económicos de las grandes empresas estadounidenses —justificada bajo la consigna de la lucha anticomunista— frente a las políticas de protección de los intereses «patrios» puestas en marcha por los nacionalistas de los años 30-40 y proseguidas por los de los 50.

Aunque se pueda admitir que la nueva administración republicana fuese más sensible que las demócratas a las peticiones del capital nacional, la tesis «economicista» es discutible principalmente por tres razones. En primer lugar, se tendrá que recordar que en las primarias de julio de 1952 la candidatura de Eisenhower había representado la opción del sector moderado e internacionalista del bando republicano frente a la candidatura de Robert A. Taft, que encarnaba el ala más radical del partido¹⁰. Tanto en cuestiones de política económica exterior como interior la imagen del ex-General era la de un «mild republican» a mitad camino entre los demócratas más comprometidos con el proyecto roosveltiano y los republicanos alineados con Taft¹¹.

En segundo lugar, habría que analizar la ecuación «comercio no ayuda» (trade not aid) de la cual Eisenhower era un fuerte defensor¹² ya que consideraba el comercio internacional como el mejor medio para favorecer el despliegue de las economías menos desarrolladas y, en particular, de las latinoamericanas. Si analizamos esta fórmula parece bastante evidente que no necesariamente indicaba una completa alineación de la nueva administración con el capital nacional. Si por un lado hacía hincapié en una reducción de la ayuda internacional, por otro implicaba también la reducción de las tarifas arancelarias estadounidenses para favorecer el crecimiento de las economías antes subvencionadas. Como afirmaba el *New York Times* del mayo del 53, existía una fuerte convicción en la nueva administración de que una reducción de las tarifas aduaneras coincidiría a largo plazo con el interés nacional, aunque, no siempre, con el de las empresas estadounidenses:

La administración cree que es en el interés nacional una reducción de las tarifas. La administración piensa que nuestra política comercial tiene que basarse sobre el interés de la nación más bien que en el interés de un grupo o de un interés particular¹³.

Finalmente, hechas estas consideraciones que ayudan a situar mejor la figura política de Eisenhower, redimensionando su supuesto extremismo liberal, hay

¹⁰ NEAL, 1978: 264-268.

¹¹ «President Tries Middle Way on the Budget», *The New York Times*, (3 de Mayo 1953): 3, Sección n.4.

¹² RABE, 1988: 66.

¹³ «Trade and Aid: President's Dilemma», *The New York Times*, (10 de Mayo 1953): 1, Sección n. 4.

que destacar cómo, en los hechos, el escenario propuesto por la crítica «economista» no logra explicar algunas situaciones concretas. Emblemático es el caso boliviano, donde las políticas del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) liderado por Paz Estenssoro, que había tomado el poder en 1952 a raíz de una revolución, fueron apoyadas por Washington con un plan de ayudas de 18,4 millones de dólares¹⁴ de los cuales, por lo menos 9.000.000, estaban destinados a financiar la reforma agraria¹⁵. Nada más llegar al poder el MNR nacionalizó sus recursos mineros, llevando a cabo un plan de reformas no muy diferentes en su inspiración a las del gobierno de Guatemala durante la presidencia de Jacobo Arbenz o a los proyectos elaborados por Fidel Castro, en los años de la guerrilla en la Sierra. Aunque el peso de las nacionalizaciones bolivianas resultaba ser menos contundente para los intereses económicos estadounidense¹⁶, la importancia estratégica de los minerales nacionalizados para la producción militar de la potencia del Norte, sobre todo el estaño, amplificaba considerablemente el papel de las reformas llevadas a cabo por el MNR. El caso boliviano hubiese podido entonces constituir un paradigma perfecto para la tesis «economicista» donde a los intereses económicos se sumaba una cuestión de carácter estratégico que habría podido proporcionar a Washington el pretexto para intervenir, como hizo en Guatemala en 1954 o, aunque de manera más sutil, en el caso cubano. La diferencia entre el MNR, Arbenz y Castro no se encuentra tanto en el plan de una oposición «tout court» de Washington a las reformas económicas de los gobiernos nacionalistas por considerarlas dañinas a los intereses del capital estadounidense, como en la manera en que la administración Eisenhower interpretó políticamente dichas reformas en el contexto de la Guerra Fría. Como afirmaba un interesante artículo del *New York Times* de 1953 con respecto al problema guatemalteco:

Es cada vez más evidente que Guatemala no ha comprendido las causas de las preocupaciones estadounidenses acerca de su situación. La mayoría de los políticos parecen incapaces de entender que estas preocupaciones están dirigidas hacia el problema del comunismo (...). La mayoría de ellos parecen haberse convencido de que si se solucionara el conflicto con la *United Fruit Company*, cada cosa iría inevitablemente en su sitio. Están confundiendo el efecto con la causa, y no ha habido ninguna manera de hacerle ver claramente el punto de la cuestión. Aunque un acuerdo entre la *United Fruit Company* y el Gobierno fuese alcanzado mañana, no cambiaría nada hasta que dicho acuerdo fuese acompañado por medidas volcadas a eliminar el estrecho control comunista

¹⁴ LEHMAN, Vol. 21/ 2, (Primavera 1997): 185-213.

¹⁵ «Bolivia Land Reform is aided by U.S. Loan», *The New York Times*, (11 de Enero 1953): 12.

¹⁶ Siendo 3 las empresas mineras nacionalizadas, La Patiño Minas, la Aramayo y la Hochschild, el *New York Times* estimaba en un 25% la participación del capital estadounidense, toda concentrada en la Patiño Mines. «Tin Mining Rate is now an Enigma», *The New York Times*, (7 de Enero 1953): 52.

sobre la administración de la reforma agraria, el sindicato de los campesinos y la máquina de propaganda del Gobierno¹⁷.

La diferencia descansa en el hecho de que el MNR era un movimiento nacionalista nacido en los años treinta y que nunca había escondido sus simpatías por la ideología nazi-fascista, tanto que, desde 1941 había atraído sobre sí la mirada crítica de los EE.UU., en víspera de su participación en la guerra contra las potencias del Eje¹⁸. Si las simpatías del MNR con los totalitarismos nazi-fascistas europeos habían representado una barrera durante los años de la Segunda Guerra Mundial, en los cincuenta las mismas fueron vistas por Washington como una garantía de impermeabilidad frente a las influencias comunistas¹⁹. Resulta bastante claro que ni los antecedentes del gobierno Arbenz, ni los borrosos planes de reforma expuestos por Castro en la «Historia me Absolverá»²⁰ proporcionaban las mismas garantías en términos de anticomunismo. Por ello, se puede afirmar que el nacionalismo boliviano, un caso bastante paradigmático y único por su orientación ideológica en el panorama latinoamericano de aquellos años, no constituía una amenaza por la ausencia de cualquier tipo de conexión con el comunismo.

La variable económica, por tanto, aunque objetivamente presente, no fue la determinante en la orientación de la política continental estadounidense. El problema del anticomunismo no fue un pretexto utilizado por los estadounidenses para «colonizar» las economías de los vecinos del sur, sino la variable alrededor de la cual Washington fue moldeando su política continental. Por razones que la crítica «economicista» no logra del todo aclarar, en la percepción estadounidense el nacionalismo reformista acabó siendo asociado a la amenaza soviética o a la posibilidad de una expansión de la influencia de Moscú en el continente. Precisamente, la resolución de este problema será el objetivo de los próximos párrafos.

1. LA NUEVA POTENCIA GLOBAL: ENTRE GUERRA FRÍA Y NACIONALISMO

Se puede intentar explicar la maduración de una diferente actitud de Washington hacia el nacionalismo latinoamericano reconstruyendo los efectos que

¹⁷ «Guatemalans Fail to Grasp Concern of U.S. Over Reds», *The New York Times*, (26 de Mayo 1954): 1 y 13.

¹⁸ HALPERIN DONGHI, 1998: 429.

¹⁹ Durante sus años en el gobierno boliviano, las relaciones entre el MNR y la Unión Soviética no fueron cordiales. Un ejemplo de ello lo proporciona la queja formal que el delegado del país andino en Naciones Unidas presentó durante la reunión de la Asamblea General, del 2 de octubre del 1958, con motivo de los supuestos intentos soviéticos de desestabilizar la revolución boliviana, por medio del *dumping* sobre los precios del cobre: La razón que justifica la presente actitud soviética es que nuestra revolución ha sido lograda sin interferencias extranjeras y sin la evocación de doctrinas ajenas a la tradición cristiana. CLISSOLD, 1970: 196. LEHMAN, 1997: 191-192.

²⁰ Es el título de la arenga defensiva que Fidel Castro pronunció en 1953 durante el juicio al cual fue sometido por el ataque al Cuartel Moncada, de 1953.

tres diferentes procesos históricos, que se cruzaron a comienzos de la década de 1950, produjeron sobre la percepción estadounidense de los fenómenos políticos en el hemisferio occidental. Una serie de factores del contexto internacional transformó la relación entre nacionalismo y política exterior estadounidense, primero en una escala global y más tarde en el mismo contexto latinoamericano. Esa transformación condujo a los Estados Unidos a una lectura del escenario continental como terreno particular de un desafío que los veía contraponerse a la sombra que la alianza entre nacionalismo y comunismo proyectaba sobre su seguridad nacional. En primer lugar, hay que destacar el proceso de definitiva transformación de los EE.UU. de potencia regional a potencia mundial y, por tanto, el perfeccionamiento de una manera de pensar los problemas de política exterior según un eje global. Este proceso estaría idealmente delimitado, por un lado, por la conferencia internacional que en el invierno de 1884-1885 reunió en Berlín a las potencias europeas para debatir sobre las normas de reglamentación del tráfico comercial marítimo, sobre los confines de África Oriental, del Congo y, en general, sobre los principios que tenían que guiar la colonización del continente africano²¹. Durante esta conferencia que representó el apogeo del poderío europeo, los representantes estadounidenses habían sido invitados si bien en una posición completamente marginal. Dicha circunstancia no es sorprendente, considerado que no fue hasta 1892 cuando los estados europeos elevaron el estatus de sus delegados diplomáticos en Washington de ministros a embajadores reconociendo así a Estados Unidos como nación de primera clase. Al otro extremo de este eje temporal se encuentra el *National Security Council* 69 (NSC69) de 1950, el primer documento de política exterior en el que Washington reconocía el fin del dominio europeo y asumía directamente las responsabilidades del nuevo orden internacional.

Entre 1884 y 1950, las dos Guerras Mundiales —justamente definida por Paolo Viola como el suicidio europeo²²— habían producido una redistribución del poder desde las potencias europeas hacia las dos naciones emergentes del conflicto: Estados Unidos y la Unión Soviética. Así pues en 1950, Paul H. Nize, en aquel entonces Director del políticamente muy relevante Despacho de Programación Política del Departamento de Estado (State Department Policy Planning Staff), entregó al Presidente Harry Truman un documento de planificación de los ejes maestros que tenían que guiar la política exterior estadounidense frente a la competición con la URSS²³. El documento, conocido con el nombre de NSC69, estaba constituido en su primera parte por un largo y bien articulado análisis del escenario internacional que recogía las grandes transformaciones que se habían producido en el mundo después de la conclusión de la Segunda Guerra.

²¹ KENNEDY, 1987: 194.

²² VIOLA, 2004.

²³ MAY, 1993.

La primera problemática que Nize abordaba, dándole precedencia lógica a la del conflicto bipolar entendido como enfrentamiento ideológico, era la cuestión del eclipse de las grandes potencias europeas, como consecuencia de las destrucciones producidas por el último conflicto bélico. Para el analista estadounidense, tal situación asignaba a EE.UU. y a la URSS el inédito papel de potencias mundiales con obligaciones y responsabilidades conexas. El documento definía el nuevo escenario con estas palabras:

Son dos los factores que han sustancialmente alterado la distribución tradicional del poder. En primer lugar, la derrota de Alemania y Japón y la decadencia de los imperios inglés y francés han interactuado con el desarrollo de los Estados Unidos y de la Unión Soviética en tal manera que el poder ha gravitado de manera creciente hacia estos dos centros²⁴.

El análisis en este documento parece efectivamente marcar el comienzo de un pensamiento de política exterior estadounidense realmente global. En otras palabras, aunque es verdad que EE.UU. habían empezado a desempeñar desde el final de la Guerra Civil de 1861-1864 un papel internacional de importancia creciente y que, ya en 1835, el mismo Alexis de Toqueville había profetizado un mundo «hegemonizado» por Washington y Moscú²⁵, hay que volver a subrayar que fue sólo con la conclusión de la Segunda Guerra Mundial cuando la hegemonía mundial ejercida hasta entonces por las potencias europeas alcanzó su fin.

El documento analizado demuestra el alto nivel de conciencia que la clase dirigente estadounidense tenía del nuevo papel mundial que los hechos bélicos habían asignado a Estados Unidos y, sobre todo, marcó la asunción directa de las nuevas responsabilidades que la inédita posición conllevaba. Además, plantea un problema de orden historiográfico bastante importante. Si nos detenemos en la reflexión desarrollada en el NSC69 sería oportuno replantearse la Guerra Fría, más como un enfrentamiento entre dos potencias en competición por la hegemonía en el planeta y, sólo en segundo lugar, como un choque de naturaleza ideológica. De hecho, si observamos desde una perspectiva histórica la evolución de la posición internacional de Washington, la visión de Nize adquiere consistencia y verosimilitud. La Guerra de 1812 contrapuso por última vez Londres y Washington, marcando así el comienzo de una etapa de estrechamiento de relaciones entre los dos ex enemigos que desembocó en una alianza estratégica que ha llegado intacta hasta nuestros días. Fue en este contexto en el que se consolidó uno de los cimientos básicos de la política exterior estadounidense: la confianza en la potencia marítima británica por la seguridad que ésta brindaba al tráfico comercial oceánico y, por ende, a la futura prosperidad de la nueva república.

²⁴ MAY, 1993: 25.

²⁵ GADDIS, 1997: 2.

Al mismo tiempo, Washington consideraba que la fuerza incontrovertible de los buques ingleses representaba la mejor garantía en contra de las estrategias de expansión europeas en el hemisferio occidental. Sobre la base de estas evaluaciones, Estados Unidos había compartido la política inglesa de «Balance of Power» que Londres empleaba con el preciso objetivo de impedir que una potencia europea pudiese asumir el control del continente adquiriendo de esta forma recursos tales de permitirle construir una flota superior a la británica y de poder invadir la isla²⁶. La Doctrina Monroe (1823) representaba un complemento americano a la «Balance of Power» europea, un acuerdo tácito entre Londres y Washington para impedir que Francia, España y sobre todo desde 1880, Alemania, volviesen a establecer imperios dinásticos en las Américas²⁷, rompiendo así el orden configurado en el Congreso de Viena (1815).

Como afirma Walter Russell Mead, la política exterior estadounidense a lo largo del siglo XIX y, por lo menos hasta la conclusión de la Guerra Fría, no se alejó mucho de la senda trazada por la Doctrina Monroe. Durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial, Washington había intervenido para defender a Gran Bretaña y impedir que la Alemania del Kaiser Guillermo II (1859-1941) primero y la de Hadolf Hitler después, tomasen el control de Europa. En el caso de la Guerra Fría, el problema fue en cierta forma parecido, aunque en esa ocasión la amenaza sobre el equilibrio europeo fuese encarnada por la Unión Soviética²⁸. No obstante, hay una cuestión que marca una diferencia sustancial entre las dos guerras mundiales y la etapa de la Guerra Fría. Después del segundo conflicto mundial, la garantía militar inglesa se deshizo completamente por el peso de los costes de la guerra y por los problemas económicos y políticos que la gestión de un imperio que se extendía desde la India hasta Canadá conllevaba. La nueva situación planteó a Washington, por primera vez, la obligación de hacerse cargo en primera persona de la gestión del orden internacional.

El análisis de Nize confirma esta interpretación y conduce a una lectura del conflicto bipolar que toma en cuenta, además de la dimensión ideológica, una perspectiva política de larga duración. La imagen que emerge de la reflexión desarrollada hasta ahora es la de una contraposición entre dos potencias en lucha por la hegemonía, en la cual la cuestión ideológica representaba un elemento conflictivo añadido o, mejor dicho, la forma asumida paulatinamente por el mismo conflicto.

Continuando con esta argumentación y con la ayuda de las categorías del tiempo «braudelianas», se podría afirmar que en la lectura histórica de los primeros años cincuenta se va delineando un «ciclo largo» que está representado por la continuación del enfrentamiento entre naciones, por la hegemonía económica y política, cuyo epicentro a raíz de las dos guerras mundiales se había trasladado

²⁶ MEAD, 2002: 101.

²⁷ MEAD, 2002: 81.

²⁸ MEAD, 2002: 81.

desde Europa hacia el mundo atlántico y euro-asiático. A esta corriente de larga duración, se añade un «ciclo corto» que es identificable con la contraposición ideológica entre socialismo y capitalismo que por un tiempo caracterizó cualitativamente el enfrentamiento. Es exactamente este último ciclo el segundo fenómeno que queremos destacar en nuestro análisis para definir el escenario de los años 50, porque, en definitiva, mientras el ciclo largo ayuda a comprender las razones de la participación estadounidense en la gestión directa del nuevo orden internacional, el ciclo corto permite identificar los contenidos que nutrieron el enfrentamiento por la hegemonía. La actitud estadounidense hacia los fenómenos políticos contemporáneos no sería del todo comprensible sin una evaluación de los efectos de lo que he llamado ciclo corto, es decir, el conflicto ideológico que se sobrepuso al geopolítico. El problema no es tanto el de subrayar las evidentes contradicciones entre la ideología marxista a la cual hacía supuestamente referencia el estado soviético y la capitalista-liberal que representaba la base del sistema estadounidense u occidental en general. Lo que resulta más importante es destacar el hecho de que el enfrentamiento entre Estados Unidos y URSS adquirió muy pronto un carácter «frío».

Con la ruptura del monopolio atómico en 1949 y con la instauración de unas relaciones militares basadas sobre el nuevo principio nuclear de la *Mutual Assured Destruction (MAD)*, el enfrentamiento entre Washington y Moscú no pudo desahogarse por medio de canales bélicos, asumiendo la forma de un choque entre sistemas de valores y de modelos de desarrollo económico²⁹. Por tanto, en un sistema internacional en que el empleo de las armas para modificar sensiblemente el equilibrio de poder resultaba imposible, la comparación de los dos modelos fue el verdadero campo de batalla y de enfrentamiento ideológico entre las dos superpotencias. La cuestión se hizo aún más compleja después de la crisis de Berlín (junio 1948- mayo 1949), cuando el escenario europeo quedó sustancialmente inmovilizado. Paulatinamente, el conflicto se fue desplazando hacia la periferia, donde a partir de los primeros años cincuenta se desarrollaba un tercer ciclo histórico que hay que destacar para definir por completo el escenario internacional de aquellos años. Se trata del fenómeno que el académico James Mayall³⁰ ha definido como tercera ola del proceso de formación de las modernas naciones. En otras palabras, tras la Segunda Guerra Mundial llegó a su cenit el proceso de nacimiento y construcción de los estados-naciones, comenzado en Europa con el surgimiento de las grandes monarquías nacionales y que ahora veía como protagonistas aquellas áreas del Mundo en las cuales dicho desarrollo había sido al mismo tiempo congelado y estimulado por el imperialismo europeo y en tiempos más recientes por el expansionismo japonés.

²⁹ El primer y último conflicto que vio enfrentarse a las dos nuevas potencias, aunque de una forma indirecta, considerado que los estadounidenses lucharon sólo en contra de las tropas coreanas y chinas, fue el de Corea (1950-1954).

³⁰ MAYALL, 1998.

Tanto en Asia, como en África y Oriente Medio, las viejas estructuras imperiales europeas daban señales de una decadencia cuyas raíces se hallaban en el redimensionamiento de la capacidad de proyección exterior que las dos Guerras Mundiales habían impuesto a las metrópolis occidentales y a Japón³¹. El aspecto más interesante de este fenómeno reside en el hecho de que, con el estallar de la descolonización, el nacionalismo entendido como ideología de referencia en los procesos de nación y construcción del estado nacional, adquirió una nueva centralidad como actor político en el escenario internacional. Se trata de un nacionalismo que, como ha afirmado Alain Touraine, se planteaba el doble problema de la independencia política de la propia comunidad nacional por medio de la construcción de un estado soberano y de la emancipación económica, considerada paralela e indisoluble de la política, alcanzable sólo por medio de industrialización³². En el momento en el cual, los nacionalismos en Asia, África y Oriente Medio pasaron de la lucha en contra del colonialismo europeo al problema de la industrialización, se creó el factor que permitió la formación de una ideología nacionalista y desarrollista que, de alguna manera, colocaba en el mismo bando tanto a las nuevas naciones surgidas del proceso de descolonización cuanto a las que, aunque nacidas cien años antes, habían registrado a partir del final del siglo XIX un proceso de «periferización» económica. En otras palabras, en los años cincuenta se consolidaron aquellas condiciones políticas que permitieron alinear los procesos de descolonización en Asia, África y Oriente Medio con los de nación y construcción de estados problemáticos, típicos de contextos como el latinoamericano, otorgando al nacionalismo desarrollista una inusitada centralidad política³³.

Sin embargo, con respecto al tema de los modelos de desarrollo económico y, por ende, de las capacidades de atracción sobre las elites nacionalistas, URSS y EE.UU. no se encontraban en una situación de paridad y, probablemente, la posición de partida de Moscú ofrecía algunas ventajas relevantes. La misma historia

³¹ Esta condición no afectaba, sin embargo, sólo a las potencias que habían sido derrotadas en la Segunda Guerra y cuyas posesiones coloniales habían sido «requisadas» *de jure*, según lo establecido en los tratados de paz. Los mismos estados vencedores del segundo conflicto y que se habían apoderado de las colonias de las potencias derrotadas, asistieron, también, al progresivo desmembramiento de sus propiedades ultramarinas entre el principio de los años 50 y los 60. El caso francés es bastante emblemático: en 1953 logró la independencia Túnez; en 1954 el ejército francés fue derrotado en la sangrienta batalla de Dien Bien Phu por los Viet Minh, acontecimiento después del cual París abandonó de forma definitiva el control sobre Indochina; finalmente el 3 de julio de 1962, después de años de insurgencia y a raíz de un referéndum, Argelia se proclamó independiente. Una suerte parecida tocó a Gran Bretaña que, aunque había empleado formas de control colonial menos estrictas que las de París, en 10 años perdió la mayoría de sus posesiones coloniales, comenzando por la India que en 1947 se declaró independiente.

³² TOURAINE, 2000.

³³ El resultado concreto de este proceso fue, en los años 60, la formación en la asamblea de las Naciones Unidas del grupo de los Países No-Alineados, compuesto tanto por las naciones descolonizadas y por las en vía de desarrollo, como la Cuba castrista o la Yugoslavia de Tito.

de la revolución industrial soviética, acontecida en aproximadamente veinte años, alimentaba el mito de un desarrollo rápido, sostenido por las elites de los países descolonizados a partir de la década de 1950. El gran atractivo del socialismo para los países del tercer mundo y los que se encontraban en vías de desarrollo, descansaba en lo que parecía el gran descubrimiento de los teóricos marxistas de los años 20: una metodología científica para la transformación de las naciones económicamente retrasadas, en economías modernas y, sobre todo, industriales³⁴. Sin embargo, la ventaja soviética no se concentraba exclusivamente en la mayor compatibilidad que se daba entre su modelo de desarrollo y las exigencias de industrialización de la periferia, sino también en la esfera de la ingeniería política elaborada por la URSS entre los años veinte y los años treinta. A pesar de que Karl Marx no hubiese mantenido una posición definida respecto al problema de la relación entre socialismo y nacionalismo³⁵, la posición soviética se fue definiendo claramente cuando, con Vladimir Ilich Lenin, la reflexión teórica pasó desde el estudio clásico marxista sobre los modos de producción, a las estrategias para la adquisición del poder³⁶. En este sentido, aunque el marxismo siguiera siendo, desde un punto de vista teórico, una doctrina internacionalista, la aplicación política de este principio experimentó durante la era soviética un verdadero proceso de «pragmatización».

En primer lugar, el análisis leninista del imperialismo, elaborado en 1916, había contribuido a crear las bases para un acercamiento con los nacionalismos de las áreas periféricas. Lenin había afirmado que la expansión colonial habría postergado sólo temporalmente el estallido de las contradicciones capitalistas. Según el líder soviético, una vez dividido el mundo entre las potencias coloniales, a las contradicciones clásicas internas al capitalismo se habrían añadido las

³⁴ HOBBSBAWM, 2002: 68. Es verdad que, con el Plan Marshall, Washington había demostrado poder utilizar la fuerza de su sistema productivo para ayudar a la recuperación de las economías europeas en los años inmediatamente posteriores a la conclusión del segundo conflicto mundial. El desafío en las áreas periféricas presentaba, sin embargo, unas problemáticas distintas a las que Washington había encontrado en Europa occidental. Así, desde un punto de vista económico, la diferencia sustancial estaba representada por el hecho de que en Europa las ayudas americanas se iban a colocar en un tejido industrial que, aunque casi completamente destruido por la Guerra, había existido en términos de infraestructuras y de capital social. En la periferia, por el contrario, el problema era el de fomentar con aproximadamente un siglo de retraso la transformación de economías preponderantemente agrícolas en industriales. Por ello, la historia de la industrialización soviética, es decir, la experiencia del exitoso desarrollo industrial de un país sustancialmente subdesarrollado, como era Rusia en los años 20, ofrecía más atractivos.

³⁵ A pesar de haber definido el nacionalismo como una ideología reaccionaria, los eventos revolucionarios de 1848-1849 en Europa lo habían conducido a una revisión de dicha postura. En este sentido, el nacionalismo del *Risorgimento* italiano o los prolegómenos del proceso de unificación alemán habían tenido una influencia positiva sobre Marx, tanto que empezó a aprobar el fenómeno nacionalista en el caso de que se tradujera en un ensanchamiento de la dimensión productiva y, por ende, en una aceleración de la industrialización. AVIERI, Vol. 26/ 3/4, (Septiembre 1991): 637-657.

³⁶ KANET, 1974: 5.

causadas por la resistencia de las poblaciones dominadas. Como afirma Francis Fukuyama, a diferencia de Marx, Lenin sostenía que el fin del capitalismo no llegaría desde la contradicción producida por la lucha de clase dentro de los países capitalistas, cuanto, más bien, desde la lucha entre el norte desarrollado y el «proletariado global» del mundo subdesarrollado³⁷. Al mismo tiempo, Lenin reconocía que los partidos comunistas fuera de la URSS no se encontraban en una situación que les permitiese liderar el proceso de liberación de la dominación colonial. Durante el cuarto congreso de la Tercera Internacional (1922), la táctica de la alianza con la «burguesía nacional»³⁸, bajo la forma del «Frente Unido Antiimperialista», se propuso y adoptó oficialmente. En otras palabras, se reconocía a los movimientos nacionalistas, aunque cuando no representasen políticamente los intereses del proletariado, una función «progresista» y se teorizaba la posibilidad de una alianza táctica contra el enemigo común, representado por el capitalismo/imperialismo europeo³⁹.

En 1935, frente al fracaso de la doctrina del social-fascismo⁴⁰ y para contrarrestar el avance del nazi-fascismo, durante el séptimo congreso de la Tercera Internacional se decidió la adopción de la estrategia del Frente Popular⁴¹. Su eje central fue, una vez más, la alianza entre partidos comunistas, socialistas y radicales representantes de las capas medias⁴². Se trataba de una reedición europea del frente unido antiimperialista que reforzaba la flexibilidad de la estrategia soviética. Una de las aplicaciones más exitosas de esta estrategia fue la de las Democracias Populares en Europa del Este. Como veremos en detalle en las páginas siguientes, Moscú logró ocupar progresivamente el poder en los países del Este, en los años que siguieron al final del Segundo Conflicto, gracias a la alianza que comunistas y

³⁷ FUKUYAMA, 1992: 151. Dicha posición teórica fue oficialmente debatida como opción real de la estrategia política soviética durante el Segundo Congreso del Comintern, en el julio de 1920. En esta sede, la tesis de Lenin, según la cual los partidos comunistas tenían que dar pleno apoyo a los movimientos emancipadores revolucionarios liderados por la burguesía nacional, se enfrentó con la posición del delegado indio M.N. Roy, que sostenía la necesidad de reforzar la lucha de clase en las áreas coloniales. Para reforzar su posición, en el julio de 1920 Lenin se hizo cargo de organizar en Baku una conferencia internacional dedicada a la «Los Pueblos del Este», en la que participaron alrededor de dos mil delegados procedentes de Asia, cuyo tema central fue el derrocamiento de los imperios capitalistas europeos³⁷. La elección formal de una estrategia definida de alianza con la burguesía quedó como asunto pendiente hasta el Congreso de la Tercera Internacional de 1922. KANET, 1974: 3.

³⁸ T SHINN JUNIOR, Vol. 15/3, (Abril 1963): 377-389: 379.

³⁹ LIGHT, 1988: 80-90.

⁴⁰ Es esta la fórmula con la cual la Tercera Internacional, después de 1928, había definido a los partidos socialistas, considerados fuerzas tan reaccionarias como las fascistas. Consecuencia de esta doctrina había sido una profunda división entre los partidos comunistas y los socialistas, de la cual se habían aprovechado exitosamente las formaciones fascistas.

⁴¹ En Europa la elección «frentista» dio lugar, por ejemplo, a los frentes populares español (1935-1939) y francés (1935-1940).

⁴² HAJEK, 1969: 278.

fuerzas nacionalistas establecieron entre 1945 y 1947. En este caso, la base de la alianza la constituían el antifascismo y las políticas de reconstrucción protagonizadas por el estado. A través de esta colaboración, los comunistas ocuparon paulatinamente sectores claves del estado, empezando una política sistemática de marginación de las fuerzas burguesas que, en pocos años, condujo a una completa soviétización de los sistemas políticos de dichos países. Una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, y en vista de los prolegómenos de los procesos de descolonización, la iniciativa política Soviética hacia las áreas coloniales volvió a hacerse consistente, tanto que, en 1948, un agente de la CIA declaraba:

La Unión Soviética está efectivamente aprovechando la cuestión colonial (...) dando apoyo concreto por medio de agitadores, propaganda y sus partidos comunistas locales a los movimientos nacionalistas a lo largo de todo el mundo colonial⁴³.

De la ventaja teórica acumulada a lo largo de los años 20 y 30, supo aprovecharse brillantemente la elite política que sucedió a Josef Stalin, después de su muerte en 1953, proponiendo antes con Georgii Malenkov, electo Premier (Primer Ministro) de la URSS en 1953, la doctrina de la «Coexistencia Pacífica» y luego, con Nikita Khrushchev Secretario del Comité Central del Partido Comunista Soviético desde 1953 y Premier desde 1958, la de la «Coexistencia Competitiva». Es interesante a este respecto, es el análisis de un artículo del New York Times (NYT) de aquellos años:

Hay siempre mayores pruebas de que el Gobierno de la Unión Soviética de Malenkov ha decidido por razones tácticas reforzar, en su actividad de propaganda, el deseo por un prolongado periodo de coexistencia pacífica entre los países capitalistas y los pertenecientes al sistema socialista⁴⁴.

⁴³ WARNER, 1994: 229.

⁴⁴ «Soviet is Pushing «Coexistence» Line, *The New York Times*, (14 de Marzo 1953): 4. Las razones tácticas a las cuales alude el NYT estaban probablemente vinculada con el hecho de que los gastos de la Guerra de Corea habían acentuado la compleja crisis del sector agrario, cuya situación de debilidad era compartida por los elementos más influyentes del *establishment* soviético de aquellos años (TAUBMAN, KHRUSHCHEV, GLEASON, 2000: 77-79). En un contexto de crecientes dificultades económicas internas, la estrategia de la «Coexistencia Pacífica» parecía maximizar las características ventajosas del escenario internacional de aquellos años, principalmente la emergente cuestión colonial. De hecho, Moscú podía seguir con su política de expansión, jugando sobre su capacidad de influenciar las elites nacionalistas burguesas a su ventaja, sin tener que sostener los gastos de una confrontación militar, con las consecuencias que estos proyectaban sobre la gestión económica interna. Se podría probablemente afirmar que en los años de la *premiership* de Malenkov, la teoría de la «Coexistencia Pacífica» sirvió para disminuir la tensión internacional y permitir a la URSS poner en marcha un proceso de reforma de su economía que, sobre todo en el sector agrario, había registrado crecientes problemas. Cuando, a partir de 1955, las reformas económicas parecieron haber dado nuevo dinamismo al sistema productivo, dicha estrategia vino a ser reforzada en térmi-

Tanto la «Coexistencia Pacífica», cuanto la «Competitiva» demuestran la voluntad por parte soviética, de crear un marco que desplazase paulatinamente la confrontación con los Estados Unidos, desde un eje predominantemente militar, hacia uno de competencia entre sistemas. En este contexto, la cuestión del apoyo económico a las elites nacionalistas y de la alianza entre partidos comunistas y nacionalistas, sobre una escala mundial, se transformó en el baricentro dinámico de dicha estrategia.

Washington parecía tener un perfecto conocimiento de la nueva situación que el proceso de descolonización, con su enlace con el nuevo fenómeno nacionalista, estaba creando en términos de equilibrio entre las dos potencias. En el junio del 54, durante un encuentro con el Rotary International Club, El Secretario de Estado John Foster Dulles afirmaba que:

No quiero que piensen que somos complacientes frente a la cuestión colonial. Los abusos persisten y el proceso de reconocimiento de mayores espacios de autodeterminación ha disminuido su velocidad. Esto se debe, de todas formas, a la estrategia soviética que utiliza el nacionalismo como un medio para absorber en su esfera a los pueblos coloniales⁴⁵.

De hecho, la casi totalidad de los documentos de inteligencia producidos a lo largo de los años 50 colocaban el tema de la alianza táctica entre socialismo y nacionalismo en el centro de sus análisis. Así pues, resulta particularmente interesante el examen de un documento de la CIA, elaborado en 1958, y que intentaba analizar el cuadro general de los retos con los cuales Washington se enfrentaba en el periodo:

En la variedad y complejidad de situaciones que caracterizan las áreas subdesarrolladas del mundo libre, son dos las fuerzas principales que se están desarrollando y cuyo crecimiento está llevando a cambios políticos y económicos realmente profundos. La primera y más importante de estas fuerzas es el nacionalismo (...). La segunda fuerza es el socialismo⁴⁶.

Según la CIA había evidentes convergencias entre nacionalismo y socialismo:

nos más competitivos. Así pues, durante el XX Congreso del Partido Comunista (1956) (KANET, 1974: 29) Khrushchev propuso formalmente la doctrina de la Coexistencia Competitiva», oficialmente adoptada en esta misma sede como base de la política exterior soviética.

⁴⁵ «Text of Address by Dulles to the Forty-Fifth Annual Convention of Rotary International in Seattle», *The New York Times*, (11 de Junio 1954): 2.

⁴⁶ Retrospective Collection, CIA Digital Reading Room, CIA Declassified Documents, Library of Congress Washington D.C., Operation General Intelligence Aid, CSHB-F 52-890-2, (Est Pub Date) *Principal aspects of socialism in Latin America*. Distribuido en octubre de 1958, publicado el 13/02/2001, SECRET. Palabra Clave para búsqueda: DULLES PAPERS|DULLES ALLEN|DULLES COLLECTION.

la naturaleza complementaria es evidente en el campo político donde el deseo nacionalista de libertad de la dominación extranjera política y económica coincide con el objetivo más amplio del socialismo de la emancipación humana. Es evidente también en las visiones económicas de los nacionalistas en muchos países subdesarrollados. En este caso la relación con el socialismo está constituida por el hecho de que éste parece ofrecer herramientas para movilizar los recursos de las naciones para una industrialización rápida sin amenazar la independencia del estado como ocurre al aceptar ayuda exterior⁴⁷.

Los dos movimientos encontraban, pues, un punto de contacto importante en la esfera económica, donde el socialismo ofrecía los medios para una industrialización rápida, objetivo que, como se ha destacado antes, representaba un elemento central del movimiento nacionalista de las áreas ex-coloniales y en desarrollo. Por tanto, Washington tenía una percepción global del problema nacionalista, común tanto a las regiones descolonizadas, como a las áreas del mundo donde el desarrollo económico seguía siendo, como en el caso latinoamericano, una asignatura pendiente y en las que este problema parecía ofrecer ventajas importantes al modelo soviético. A partir de principios de la década de 1950, la estrategia de acercamiento al nacionalismo desarrollista perseguida por Moscú parecía empezar a dar sus frutos. Porque es evidente que, para los estadounidenses, la cuestión de la descolonización planteaba un problema que Moscú no tenía, es decir, la relación con sus aliados europeos que eran al mismo tiempo metrópolis. Así, desde Indochina hasta Suez, pasando por América latina, Washington se encontraba frente un nacionalismo desbordante sobre el cual la política exterior soviética parecía tener más posibilidades de control.

2. LA NUEVA ALIANZA EN AMÉRICA LATINA.

Las dificultades que Washington encontró en la gestión del nuevo escenario, marcado por las sinergias entre nacionalismo y estrategia soviética, emergen con grande evidencia en el contexto medio-oriental, tanto que, durante una rueda de prensa que tuvo lugar en la víspera de la crisis de Suez (1956), el Presidente Eisenhower, declaró:

Mis ideas sobre Oriente Medio han sido muy claras desde un principio. Pienso y creo que ésta es un de las áreas del planeta que tiene importancia es-

⁴⁷ Retrospective Collection, CIA Digital Reading Room, CIA Declassified Documents, Library of Congress Washington D.C., Operation General Intelligence Aid, CSHB-F 52-890-2, (Est Pub Date) *Principal aspects of socialism in Latin America*. Distribuido en octubre de 1958, publicado el 13/02/2001, SECRET. Palabra Clave para búsqueda: DULLES PAPERS|DULLES ALLEN|DULLES COLLECTION.

tratégica. Creo que su integridad y el acceso a ella son de importancia fundamental. En primer lugar para Europa Occidental y por ende para el Mundo entero. Por esto, tenemos que hacer cualquier cosa que sea posible para mantener la paz en esta región, lo cual es posible sólo si somos capaces de dar a los pueblos de Oriente Medio la oportunidad de satisfacer sus legítimas aspiraciones económicas, sociales y políticas. Ahora, esto es muy fácil de decir, sin embargo, se vuelve muy difícil de hacer a causa de los antagonismos y de las fuerzas que interactúan en el área. Estas dinámicas se cruzan de repente y en lugares diferentes. Bueno, gestionarlas es una tarea muy difícil⁴⁸.

No obstante, para Washington el problema de las conexiones entre los dos fenómenos no se limitaba únicamente a las realidades asiática y medio-oriental, como demuestra este análisis de la CIA:

Debe señalarse que muchos de los elementos que están actualmente contribuyendo al desarrollo del nacionalismo y del socialismo en Asia y Oriente Medio, están también presentes en América Latina. El área está en general subdesarrollada; la mayoría de la población vive en la ignorancia y en la pobreza. El fuerte sentimiento antiamericano es parecido al anticolonialismo en Asia y Oriente Medio, y responsabiliza a los Estados Unidos de su situación de general atraso y falta de desarrollo industrial (...) Los partidos comunistas locales están utilizando este sentimiento antiamericano y proponiendo un «Frente Democrático de Liberación Nacional» para deshacerse de los gobiernos sostenidos por el «imperialismo» americano o conniventes con el «nuevo colonialismo estadounidense». La Unión Soviética está intensificando sus programas económicos en América Latina para facilitar el enfrentamiento de estos países con los Estados Unidos. En América Latina aparece así, como en Asia y Oriente Medio, el fantasma de gobiernos nacionalistas o socialistas que defiendan una tercera vía o adopten una posición neutral pro-soviética en el conflicto entre el comunismo y el mundo libre⁴⁹.

La agencia de inteligencia más importante de los Estados Unidos consideraba que en América Latina se daban las mismas compatibilidades políticas y económicas entre nacionalismo y socialismo que habían tenido lugar en Asia y Oriente Medio. Tanto en estas áreas, como en América Latina, el comunismo encontraba en los movimientos nacionalistas un terreno fértil para su expansión gracias a la capacidad de atracción que el modelo de desarrollo soviético ejercía sobre las

⁴⁸ «The Transcript of Eisenhower's News Conference on Foreign and Domestic Issue», *The New York Times*, (5 de Abril 1956): 10.

⁴⁹ Retrospective Collection, CIA Digital Reading Room, CIA Declassified Documents, Library of Congress Washington D.C., Operation General Intelligence Aid, CSHB-F 52-890-2, (Est Pub Date) *Principal aspects of socialism in Latin America*. Distribuido en octubre de 1958, publicado el 13/02/2001, SECRET. Palabra Clave para búsqueda: DULLES PAPERS|DULLES ALLEN|DULLES COLLECTION: 7-8.

elites nacionalistas. Además, el documento comentado reafirma lo problemático de la cuestión de la alianza táctica entre partidos nacionalistas y partidos comunistas bajo la fórmula del «Frente Democrático de Liberación Nacional». Parece entonces posible afirmar que en el continente latinoamericano la hostilidad estadounidense hacia el nacionalismo no derivaba ni desde una simple paranoia típica de la era «macartista», ni de una inquietud motivada por razones económicas.

Como se ha destacado antes, la URSS desde 1922 había elaborado una estrategia concreta de acercamiento al nacionalismo periférico, identificando en la alianza entre comunistas y capas medias nacionalistas un instrumento central para la expansión de su influencia fuera de sus confines. Dicha estrategia que había sido básicamente pensada para el escenario asiático fue adoptada formalmente también para el continente latinoamericano en 1928 durante el sexto Congreso del Comintern. Los partidos comunista del continente fueron exhortados a formar alianzas con los partidos nacionalistas de capas medias, compartiendo con ellos programas de reformas agrarias, de nacionalización de empresas extranjeras y nacionales y de rechazo de la deuda nacional exterior⁵⁰. América Latina también siguió la pauta «frentista» y de hecho los frentes populares representaron una de las tantas formas del ciclo nacionalista-reformador de los años 30-40, como, por ejemplo, el caso del Chile en 1939 o el cubano después de 1940, donde nacionalistas y comunistas habían gobernado conjuntamente. No obstante, en América Latina, a diferencia del escenario asiático o africano, la cuestión de las relaciones con la burguesía nacional latinoamericana había sido definitivamente resuelta sólo después de la muerte de Stalin. Esta asimetría es principalmente una consecuencia de las políticas «roosveltianas» del Buen Vecino que durante los años treinta y cuarenta habían favorecido el acercamiento de la burguesía latinoamericana a las posiciones de Washington⁵¹. Así que, fue sólo en 1954 cuando los Estados Unidos se estaban ya encaminando hacia una reorientación general de su actitud hacia el nacionalismo en Asia y en Oriente Medio, que el Kremlin adoptó una posición de revisión de su visión precedente sobre los sectores medios latinoamericanos y decidió optar para un apoyo más decidido a las elites nacionalistas de clase media, presentes en los escenarios políticos continentales. Así que, mientras se preservaba la alianza con los campesinos, eje central de las políticas soviéticas en la región, se proponía que los partidos comunistas locales se alinearan también con la pequeña burguesía que entre los años 30 y 40 había visto crecer exponencialmente su número y que hacía del tema del desarrollo

⁵⁰ CLISSOLD, 1970: 11-13.

⁵¹ No es casualidad que en 1953, Mariia V. Danilevich, una de las autoridades más reconocidas sobre América Latina de la URSS, analizando la situación de la lucha de clases en el continente según una perspectiva histórica, destacara como el aliado principal de la política exterior estadounidense durante los años 40 a la burguesía latinoamericana, mientras que en otras partes del Mundo, como Asia o África, en los mismos años la misma clase social era considerada como una potencial aliada de las políticas antiimperialistas soviéticas. HOUGH, Vol.16/1 (1981): 124-143; 126.

industrial su objetivo central⁵². A partir de los años 50 esa alianza debía contribuir a lo que se iba definiendo como una lucha en contra del neocolonialismo estadounidense⁵³.

Cabe subrayar que el giro dado por la estrategia soviética en América Latina parecía interpretar bien el fenómeno de radicalización que, en los primeros años 50, afectaba justamente a los sectores medios de dichas sociedades. Este proceso tenía una doble explicación en parte debido a las características implícitas de la estructura social latinoamericana, en parte justificado, por lo menos en su reorientación anti-neocolonialista, por la actitud diplomática estadounidense madurada durante los últimos años de la presidencia Truman.

Por lo que se refiere al primer punto, hay que destacar cómo en las sociedades latinoamericanas, caracterizadas por estadios pocos maduros de industrialización, se configura una situación de debilidad económica de las capas medias que perciben como una amenaza la competencia extranjera sobre todo cuando en periodos de crisis de los precios internacionales el menor acceso de divisa extranjera dificulta la adquisición de insumos industriales⁵⁴. Como afirma Di Tella, esta situación genera normalmente «elites radicalizadas» en los niveles medios o aun altos de la sociedad que pueden asociarse tácticamente con los antagonismo del nivel obrero o campesino⁵⁵. Este análisis describe bastante bien el escenario latinoamericano de los años 50 donde las consecuencias de la crisis inflacionaria, debida a la caída de los precios internacionales, redujeron en manera bastante homogénea la estabilidad de las capas medias⁵⁶.

Al mismo tiempo, hay que considerar la cuestión de la percepción de estas mismas clases frente a la conducta de la política exterior estadounidense. Una política que, después del momento de oro de los años 30 y 40, empezó a ser percibida en términos críticos ya en los últimos años de la administración Truman. En particular, era la política de sustitución de la ayuda directa o mejor dicho la financiación en dólares de los proyectos de industrialización, con la así llamada asistencia técnica inaugurada por Truman bajo el paraguas del *Point Four Program* a ser cuestionada por parte de las naciones latinoamericanas y, también, por algunos sectores del mundo político estadounidense⁵⁷. Este programa, aprobado en 1950 por el Congreso estadounidense, consistía principalmente en la transfe-

⁵² ALEXANDER, 1957: 7.

⁵³ HOUGH, Vol.16/ 1 (1981): 124-143; 126-127.

⁵⁴ DIAZ ALEJANDRO, 1970.

⁵⁵ DI TELLA, 2002: 37.

⁵⁶ «South America is Beset by Internal Inflation as World Prices Fall», *The New York Times*, (7 de Enero 1953): 47 y 72.

⁵⁷ Nelson Rockefeller se transformó en un crítico bastante feroz de las políticas de Truman hacia el continente, contestando cómo la sustitución de la financiación directa por medio de la asistencia técnica fuese en realidad un indicador que demostraba la disminución de la importancia del hemisferio occidental en la agenda de política exterior de la nueva administración demócrata. «Good Neighbors Meet with New Strains», *The New York Times*, (7 de Enero 1953): 47.

rencia de conocimiento científico o técnico-industrial desde Washington hacia las áreas económicamente subdesarrolladas. Además de representar una reducción de la ayuda directa, hay que subrayar que los recursos destinados al hemisferio occidental fueron inferiores con respecto a los invertidos por Washington en otros escenarios⁵⁸. El problema se agudizó todavía más cuando la administración Eisenhower adoptó una política volcada hacia la substitución de la ayuda pública por la dotación de inversiones productivas privadas estadounidense que, según los latinoamericanos, representaban una clara competencia con las actividades económicas locales más que una ayuda al desarrollo. Estos conflictos emergieron de manera bastante evidente durante el sexto encuentro del Congreso Interamericano de Comercio y Producción donde el delegado norteamericano, Herbert H. Schell, advirtió sobre las necesidades de fortalecer la empresa privada como instrumento de desarrollo económico en contraposición al estatismo económico, causando fuertes quejas por parte del delegado argentino Alejandro Shaw⁵⁹.

La combinación de estos dos elementos, el estructural y el relacionado con los cambios de política exterior estadounidense hacia el continente, reforzó la estrategia soviética, haciéndola muy compatible con el escenario social real. No es entonces extraño que, desde la perspectiva estadounidense, la idea de una continuidad entre la experiencia «frentista» de los años 30 y la amenaza de nuevos nexos entre nacionalismo y comunismo aflorara con preocupación en los años 50.

Además en América Latina, en comparación con los casos asiático y africano, el problema de las alianzas tácticas entre comunistas y nacionalistas presentaba otros elementos de complejidad. En África, la capacidad de proyección soviética se consideraba más fácilmente controlable; en Asia, la elección de una vía militar como se había dado en Corea en 1948, o la elección de la revolución armada, como es el caso chino de 1947 o vietnamita de la década de 1950, hacía fácilmente detectable la estrategia soviética. En ambos casos Moscú había utilizado la «cuestión nacional» como instrumento para expandir su influencia, sin embargo, la adopción de esta estrategia había sido desde un principio bastante evidente por el empleo de la fuerza armada. En América latina, los estadounidenses temían, al contrario, una estrategia de infiltración más sutil por parte de los comunistas:

Desde 1948, la lucha armada se ha vuelto una táctica revolucionaria de primera importancia en Asia y en 1948 ha sido proclamada la principal forma de lucha. La derrota de los comunistas en Corea ha llevado paulatinamente a un abandono de esta estrategia de violencia sustituida por una táctica de más larga duración que prevé la infiltración y la manipulación de los así llamados «aliados temporales».

⁵⁸ Así, por ejemplo, en el año fiscal 1951-1953 sobre un monto total de 188.835.000 dolares previstos para financiar los proyectos de asistencia, 163,521,922 eran destinados al continente asiático, 75,500,000 a Oriente Medio, mientras sólo 37.592.500 a América Latina. «Point 4 Cost for 2 Years is Placed at 276 Million», *The New York Times*, (12 de Enero 1953): 10.

⁵⁹ «Free Enterprise is Urged on Latins», *The New York Times*, (7 de Enero 1953): 68.

Los comunistas vuelven a seguir así, a rasgos generales, las tácticas desarrolladas por el Comintern, antes de las de lucha armada, en las áreas subdesarrolladas que destacan la importancia de aprovecharse de los movimientos nacionalistas locales cuando esto pueda conducir a una erosión de la autoridad establecida. En este sentido los nacionalistas son considerados sólo como aliados momentáneos de los que hay que librarse cuando se haya alcanzado el objetivo propuesto⁶⁰.

El análisis desarrollado por este documento del servicio de inteligencia del Departamento de Estado habla de una diferenciación de la estrategia soviética después del final de los años 40. Entre 1948 y 1949 se identifica una fase «asiática» basada en la lucha armada en referencia a la experiencia china y coreana. Después de dicha fecha, debido a las dificultades encontradas en Corea, según los Estados Unidos el Kremlin había vuelto a emplear la «herramienta» «frentista», intentando utilizar los movimientos nacionalistas como aliados temporales para una progresiva conquista del poder, conseguido por medio de una paulatina erosión de las instituciones y del poder establecido.

A partir de principios de la década de 1950, Washington vio en América Latina no tanto el peligro de una exportación del modelo de lucha armada según el paradigma asiático, como el riesgo que se desarrollara una estrategia más encubierta, centrada sobre la convergencia táctica con los movimientos nacionalistas en el marco del orden legal. En noviembre de 1953, Milton Eisenhower cumplió, en calidad de enviado especial de la presidencia en América Latina, un largo viaje recorriendo el continente. En su informe final, el hermano del presidente confirmaba la presencia de un movimiento que él mismo definía como ultra nacionalista y que presentaba peligrosos lazos de conexión con los comunistas locales:

...el ultra nacionalismo, con su ceguera frente a los intereses de largo plazo, desempeña hoy día un papel retrógrado, empujado por agentes comunistas cuya ayuda es, en algunos casos, aceptada por líderes políticos no-comunistas por razones de ventajas políticas coyunturales⁶¹.

Esta visión estaba extendida entre los servicios de inteligencia estadounidenses. Los resultados de una investigación de una comisión del Senado estadounidense de 1959 que, a raíz de los eventos relacionados con la insurrección cubana, trató de comprender hasta qué punto el Caribe estaba bajo una real amenaza soviética son prueba de ello. Durante una de las audiciones de la comisión, unos de los testimonios más interesante fue el del General C. P. Cabell, «Deputy Direc-

⁶⁰ Record Group (RG) 59 National Archives (NARA) Washington D.C., Records of Component Offices of the Bureau of Intelligence and Research, 1947-1963, LOT87D33.

⁶¹ «Dr. Eisenhower Recommends New Ties With Latin America», *New York Times*, (22 de Noviembre 1953): 1 y 56.

tor» de la CIA entre 1953 y 1962 y que había ocupado de 1951 a 1953 el importante cargo de Director del «Joint Chiefs of Staff»⁶². Es oportuno subrayar que en los años en que Cabell ocupó el cargo de vice-director de la CIA, la agencia de inteligencia más importante del país tenía una relación estrecha con la presidencia Eisenhower, ya que Allan Dulles, hermano del Secretario de Estado, ocupaba en aquella época su dirección. Volviendo al contenido del documento, Cabell expuso a los senadores cuál era la percepción de los aparatos de seguridad sobre las líneas de expansión soviética en la región. Según el General, la estrategia del Kremlin giraba alrededor de lo que definió como «national liberation struggle»:

La así llamada lucha de liberación nacional busca eliminar el problema de la debilidad numérica y política de los comunistas por medio de la ayuda de organizaciones internacionales y de técnicas de infiltración y coordinación. El objetivo inmediato de esta estrategia es provocar acciones políticas o revolucionarias por movimientos no comunistas, que sean sin embargo políticamente influyentes con el fin de crear un ambiente en el cual el Partido Comunista pueda organizarse y expandirse libremente. Es en este marco que los comunistas esperan poder lograr la que ellos llaman transición pacífica al socialismo durante la cual la burguesía nacional es tenida como un aliado provisional en el contexto de un gobierno de unidad nacional que será substituido en seguida por una democracia popular controlada por los comunistas. En América Latina la estrategia gira alrededor de la unidad sobre temas como la oposición a las dictaduras, el control de la inflación, el deseo de una industrialización más dinámica, la nacionalización de los recursos y unos mercados nacionales más amplios y estables⁶³.

El testimonio del alto cargo de la CIA confirma que para el aparato gubernamental estadounidense el problema de la compatibilidad entre nacionalismo periférico y socialismo era el factor de mayor preocupación. Cabell añade algunos elementos de análisis que completan la documentación citada hasta el momento. El General afirmaba que, debido a la fragilidad estructural de los comunistas en el continente, la estrategia soviética se basaba obligatoriamente en la búsqueda de una alianza táctica con las capas medias latinoamericanas, es decir, los mismos sectores que habían sido protagonistas del ciclo reformador de las décadas de 1930 y 1940. Para Cabell, la base del acuerdo táctico entre comunistas y burgue-

⁶² Es uno de los máximos organismos de la administración estadounidense, siendo la principal institución de asesoramiento de la presidencia respecto a cuestiones militares. Está constituido por los Jefes de las fuerzas de tierra, de aire y de mar y por el Jefe del cuerpo de los *Marines*.

⁶³ Committee on the Judiciary, United States Senate, Eighty-Sixth Congress, First Session, *Communist Threat to the United States through the Caribbean*, hearings before the subcommittee to investigate the administrations of internal security act and other internal security laws, part III, testimony of General C.P. Cabell, Deputy Director, Central Intelligence, Agency, November 5 1959, United States Government Printing Office, Washington 1960. Library of Congress, Washington D.C.

sía nacional era una serie de reformas como las nacionalizaciones, la reforma agraria, la estabilización del mercado interno y el refuerzo de los mecanismos democráticos de los sistemas políticos. Estas reformas representaban también la plataforma programática de los regímenes reformistas latinoamericanos de los años 30 y 40, como por ejemplo el Partido Auténtico en Cuba, la Presidencia de Arévalo en Guatemala, el Cardenismo en México, el *Estado Novo* en Brasil o el Frente Popular en Chile. Sin embargo, los mismos temas eran centrales también en los programas del nacionalismo latinoamericano de los años 50, como por ejemplo el de Arbenz en Guatemala o el de Castro en Cuba. En otras palabras, las mismas reformas que durante los años de Roosevelt no habían representado un obstáculo en las relaciones continentales se volvieron en los años 50 síntomas peligrosos de posibles puntos de convergencia con los comunistas.

Además, si se confronta este documento con el precedente, donde se indicaba la decisión de Moscú de volver al empleo de la estrategia «frentista» después del «fracaso» del modelo asiático de lucha armada, se nota una cierta correspondencia con el análisis de Cabell, en particular donde éste afirma que en América Latina el problema no era tanto el de un enfrentamiento militar, como el de una progresiva infiltración comunista a través de la alianza entre partidos comunistas locales y burguesía nacionalista.

En su intervención frente a la comisión senatorial, Cabell empleó explícitamente la expresión «people's democracy». Para el vice-director de la CIA, los comunistas buscaban una alianza táctica con la burguesía nacional en el marco de un gobierno de unidad nacional, cuyo objetivo principal era el de llegar progresivamente a la construcción de una democracia popular. El empleo de la fórmula «people democracy» por un cargo tan alto de la CIA parece indicar un paradigma bastante preciso, al que Washington hacía referencia para prever las políticas de expansión en el continente por parte de Moscú.

Hay que recordar que la fórmula «people's democracy» era políticamente ajena al continente. Había sido empleada por primera vez en la segunda mitad de los años cuarenta, por el comunista búlgaro y teórico del «frentismo» popular, George Dimitrov, haciendo referencia a la posibilidad de que los partidos comunistas abandonasen la vía revolucionaria en aquellos contextos en que se encontraban en inferioridad estructural, para volcarse hacia la búsqueda de una alianza con la burguesía industrial, comercial y agraria⁶⁴. Dicha estrategia era una actualización de la posición «frentista» y había sido pensada con el preciso objetivo de facilitar la absorción de aquellos sistemas políticos colocados en las zonas que, después de 1945, habían sido liberadas por el Ejército Rojo, es decir, la Europa centro-oriental. El concepto de democracia popular definía una solución intermedia entre el estado socialista y la social-democracia liberal, con un programa de reformas basado en un ambicioso plan de nacionalizaciones, reforma agraria y

⁶⁴ CLAUDIN, 1975: 461.

defensa de la integridad territorial. Este núcleo de reformas constituía la base de acuerdo de los comunistas con las fuerzas de la burguesía nacionalista⁶⁵. Al mismo tiempo, la alianza táctica establecida con los sectores medios permitía a las fuerzas comunistas ocupar ministerios claves como el del interior, de seguridad nacional, de economía y del ejército⁶⁶.

Existen importantes analogías entre lo que Cabell identificaba como la estrategia de expansión de Moscú en los países al sur del Río Bravo y la que había sido la experiencia de la soviétización, bajo la fórmula de las democracias populares en Europa del Este. En el documento de Cabell, afloraba el miedo a que la alianza táctica entre comunistas y nacionalistas pudiese crear una situación de progresiva ventaja para los primeros, gracias al control de puestos claves del aparato administrativo que permitiesen a Moscú hacerse con el control del estado.

Por tanto, una primera motivación para la maduración de un pensamiento antinacionalista por parte de la élite política norteamericana derivaba desde el te-

⁶⁵ También en la Europa del Este, así como en América Latina, el nacionalismo había sido por lo menos durante el siglo XX un fenómeno de capas medias.

⁶⁶ Este fue un recorrido bastante común en todas las realidades del Este. Hugh Seton-Watson lo ha resumido en tres fases que se adaptan a los diferentes estados de Europa oriental, SETON WATSON, 1985: 169-171. La primera era la «alianza auténtica», en la cual partidos de inspiración ideológica diferente, con raíces en sectores distintos de la sociedad se aliaban sobre la base de un programa común de corta duración, alrededor de principios encaminados a borrar la huella dejada por los gobiernos de corte nazi, reformas económicas y sociales moderadas y la adopción de una política exterior neutral. Ejemplos de esta primera fase, que se podría ubicar temporalmente entre los últimos meses de 1944 y los primeros de 1945, pueden ser considerados la Alianza Antifascista en la Alemania del Este, constituida por el KPD (comunista), el SPD (socialista), los liberales y los cristianos demócratas (BROGAN, 1990: 19), o la Alianza Agraria en Bulgaria liderada por George Dimitrov y constituida por comunistas, socialistas y por el Partido Agrario. Desde el punto de vista soviético el objetivo de esta fase era aumentar el consenso hacia los comunistas, mientras la ocupación de ministerios claves en el gobierno garantizaba el control de poderosos instrumentos de poder en las manos del partido, CLAUDIN, 1975: 461. La segunda fase es identificada por Seton-Watson como la de «la alianza engañosa» y se caracteriza por la presencia de un gobierno que formalmente sigue presentando elementos de pluralismo pero que está ya firmemente controlado por los comunistas. Los partidos agrarios y los liberales eran expulsados a la oposición, mientras los comunistas escogían algunos exponentes destacados de la sociedad civil para que entraran a formar parte del gobierno, proporcionando así una imagen ilusoria de pluralismo. Esta fase se desarrolló entre 1945 y 1947 y se caracterizó por una fuerte presión por parte comunista sobre los partidos de oposición no solamente desde el gobierno sino también a través de los núcleos auto-organizados comunistas en contra de los cuales la policía asumía una actitud de neutralidad. Ejemplos emblemáticos son el de la Polonia entre 1945-1947, cuando el gobierno firmemente en manos de los comunistas contaba con la presencia del liberal Mikolajczyk o el de Hungría en el mismo periodo donde seguían en el poder el Partido Comunista junto con el Católico de Barankovics. Finalmente, la tercera fase es la del régimen monolítico en el cual los partidos comunistas asumían definitivamente el poder, obligando a los socialistas a una colaboración forzosa o a una fusión bajo la fórmula del Partido Unido de los Trabajadores. Se trataba de un recorrido menos radical que el previsto por una soviétización inmediata y permitía en alguna medida respetar una apariencia de legalidad para impedir una intervención aliada.

mor a que la convergencia entre comunistas y nacionalistas creara un escenario parecido a lo de Europa del Este entre 1947 y 1948. Esta afirmación cobra más sentido si se considera que el presidente Eisenhower había vivido en primera persona, como Jefe del Estado Mayor aliado, la impotencia de las fuerzas occidentales frente a la progresiva transformación de los estados orientales en regímenes comunistas. Parte de la campaña electoral de noviembre de 1952, se centró precisamente en la propuesta republicana de un programa de política exterior que rompiera con la supuesta debilidad de la diplomacia demócrata, considerada responsable directa de la adquisición soviética del control de toda Europa oriental y de partes importantes de Asia. Durante la campaña, el candidato republicano había criticado frecuentemente el abandono de las naciones orientales en las manos del Kremlin:

Tenemos que dejar claro al Kremlin que no desistiremos nunca en nuestra política de ayuda y apoyo a los hombres y a las mujeres de estas tierras prisioneras que buscan refugio en nosotros⁶⁷.

Eisenhower ganó las elecciones de 1952 también gracias a los ataques contundentes en contra tanto de los acuerdos secretos de Yalta, que según la opinión republicana habían entregado Europa oriental a Stalin, como contra la estrategia de contención soviética seguida por Truman, proponiendo una política de contraposición más rigurosa hacia la URSS. Bajo este enfoque se puede ver una línea de continuidad entre la progresiva intervención estadounidense en Vietnam, la prudencia en la gestión de las relaciones con el nacionalismo africano y la contundencia con la que Washington actuó en contra de la ambigüedad del nacionalismo latinoamericano como en los casos de Guatemala o del castrismo en Cuba.

En un contexto de creciente hostilidad hacia el discurso nacionalista, la ambigüedad respecto a las relaciones con los comunistas fue un elemento objetivo que tuvo un papel decisivo en el escenario latinoamericano de los años 50. Como ha afirmado Stephen Rabe, cuando Eisenhower aceptó apoyar las peticiones de la United Fruit Company, cuyas plantaciones habían sido expropiadas por la reforma agraria de Arbenz, lo hizo pensando estar actuando en contra de un gobierno nacionalista que de manera irresponsable dejaba espacio a la infiltración de los comunistas en el gobierno del país⁶⁸. El problema, entonces, no era tanto Arbenz o sus reformas. El NSC en un documento de 1953 señalaba que el presidente guatemalteco consideraba a los comunistas simplemente como una fuerza reformista más que como aliados del Kremlin⁶⁹. El problema para Washington era que los compañeros de reformas de Arbenz lograran adquirir progresivamente el con-

⁶⁷ DIVINE, 1981: 15.

⁶⁸ RABE, 1988: 46.

⁶⁹ RABE, 1988: 47.

trol del poder y del estado centroamericano, causando una amenaza a la seguridad y a la imagen de los Estados Unidos.

En el caso cubano la situación fue parecida. Aquí también la caracterización nacionalista de Castro, la incertidumbre que Washington tenía respecto a sus relaciones con los comunistas y el miedo a que una victoria «castrista» pudiese abrir el terreno al avance de los comunistas determinó una actitud de hostilidad hacia el movimiento insurgente:

Además de poner en riesgo la seguridad de nuestros ciudadanos y de nuestras inversiones, la ruptura del proceso democrático en Cuba, no solamente constituye un mal ejemplo para las otras naciones del hemisferio, para no hablar del mundo, sino también proporciona un terreno fértil para el fortalecimiento del comunismo en la isla. Los comunistas están esperando el momento oportuno para entrar en juego, dejando a otros las tareas violentas, pero listos para intensificar sus actividades, en el momento en que se venga abajo el orden democrático⁷⁰.

Las palabras de Dulles que se han citado al principio de este trabajo acerca de la relación cordial que había que mantener con los dictadores, definidos como las únicas fuerzas confiables del continente, adquieren ahora su pleno significado. En un contexto en que el nacionalismo parecía una fuerza cada vez más cercana al Kremlin, Washington se encontró privado de un interlocutor que había representado su principal aliado durante los años 30 y 40. Las dictaduras militares y civiles parecían proporcionar una garantía de mayor estabilidad y confianza y, en alguna medida, constituyeron para Washington la única opción alternativa al nacionalismo progresista. De hecho, no se trataba de una situación nueva para el ex-General. Ya en el invierno de 1942, cuando cubría el cargo de Jefe Supremo de la operación Torch, el nombre en código para el desembarco aliado en África del Norte, Eisenhower había sido fuertemente criticado en dos ocasiones por haber antepuesto el objetivo final a cualquier evaluación de los medios para lograrlo.

El primer caso fue el asunto Darlan. En el intento de ahorrar pérdidas en las filas aliadas, Eisenhower había logrado un compromiso con el Almirante Darlan, ministro de Defensa, Jefe de las Fuerzas Armada del Gobierno de Vichy y conocido colaborador de los nazis. Según este acuerdo, Darlan habría ordenado a las tropas francesas de estancia en África del Norte de no reaccionar frente al desembarque anglo-americano. En cambio se le ofrecía el mando político en las zonas francesas del norte de África, la continuación en cargo de los oficiales y funcionarios de Vichy y finalmente la prosecución de las políticas hasta entonces puestas en marcha, inclusive la persecución de los judíos. Frente a las críticas que

⁷⁰ NARA RG59 Washington DC 737.00/11-2157 Office Memorandum, United States Government. To ARA-Mr. Rubottom, Form MID Mr. Weiland and Mr. Stewart. *Possible United States Courses of Action in Restoring Normalcy to Cuba*. Secret.

tanto pragmatismo generó en las opiniones públicas de Estados Unidos, del Reino Unido y del gobierno francés en exilio, la respuesta del general estadounidense, escrita en una carta al hermano Edgar, fue:

La sola cosa que me puso de mal humor con respeto a este asunto fue que estuviese alguien que pensase que soy tan tonto de no saber que estoy haciendo algo absolutamente impopular, en particular aquellos que están preocupados con todo pero no con ganar la guerra, que es mi sola doctrina y razón de vida⁷¹.

La respuesta parece indicar la convicción que un objetivo político justo pueda finalmente legitimar cualquier medio, inclusive la colaboración con uno de los elementos más comprometido con el nazi-fascismo.

El segundo episodio, parecido al primero, aunque probablemente más chocante todavía, aconteció cuando «Ike» aceptó el nombramiento de Marcel Peyrouton, ex-ministro del Interior de Vichy, tristemente popular por su brutalidad y por haber sido Jefe de la policía secreta encargada de perseguir los antifascistas, como gobernador de Argelia. En su Diario Eisenhower apuntó lo siguiente con respeto a las nuevas críticas que se levantaron cuando la noticia del nombramiento se hizo oficial:

El nombramiento de Peyrouton como sucesor del torpe Chatel ha sido recibido en Estados Unidos con gritos de angustia ¿Qué es lo que quieren? Es un administrador experto y sólo Dios sabe cuánto sea difícil encontrar gente así en África Francesa⁷².

Al decidir romper los lazos con las que habían representados las fuerzas modernizadoras del continente, durante los años de la presidencia Roosevelt y que ahora resultaban demasiado cercana al rival soviético, Eisenhower haciendo gala de gran pragmatismo elegía explícitamente aceptar como interlocutores a las dictaduras o a la alianza con los sectores más reaccionarios de las sociedades latinoamericanas, si esto funcionaba como garantía para contrarrestar una posible ventaja soviética en la región. En ambos casos, el resultado iba a ser un abandono progresivo de los intentos de modernización económica y social de los países latinoamericanos bajo regímenes democráticos.

5. CONCLUSIONES

El comienzo de la Guerra Fría fue para América Latina el principio de una época difícil y turbulenta. Factores como el regreso del autoritarismo en muchos

⁷¹ NEAL, 1978: 134.

⁷² NEAL, 1978: 134.

países, el retorno de una política de apoyo a los sectores conservadores de las sociedades latinoamericanas por parte estadounidense y, por último, la reaparición de debilidades que el ciclo reformador de los años 30 y 40 pensaba haber eliminado, señalan la fragilidad de las reformas puestas en marcha durante dichos años.

De nuestro estudio podemos afirmar que la nueva actitud estadounidense hacia el nacionalismo latinoamericano no fue motivada sólo por razones económicas, sino también por un cálculo político bien planificado. La cuestión de la alianza entre nacionalismo y comunismo no era ni un producto de una sociedad alarmada y paranoica, como podía efectivamente ser la estadounidense de los años 50, ni el fruto de un equívoco por parte de Washington, incapaz de distinguir entre comunismo y nacionalismo. El Kremlin había dado pruebas de haber desarrollado unas herramientas bastante poderosas para extender su influencia sobre las elites nacionalistas en todo el mundo y la documentación estadounidense demuestra que Washington tenía, en los años 50, un conocimiento bastante preciso y correcto de las relaciones entre los dos fenómenos.

No obstante, el apoyo brindado por Washington a los fenómenos autoritarios en América Latina fue una opción política escogida por Eisenhower entre otras muchas. Eso no quiere decir que, en teoría, otras estrategias para limitar la influencia del Kremlin sobre el continente no fuesen posibles. En este sentido, aunque hay razones que ayudan a comprender la actitud recelosa de la administración Eisenhower hacia el fenómeno nacionalista latinoamericano, no se puede negar que existían a disposición del gobierno republicano otras alternativas más favorables tanto en términos sociales, como bajo la perspectiva del fortalecimiento de los procesos democráticos.

En 1953, John Cabot, Asistente del Secretario de Estado para América Latina había puesto en alarma la administración de Eisenhower afirmando que:

La reforma social esta llegando a América Latina, y puede llegar bajo la forma de una evolución o de la revolución. Los elementos reaccionarios no quieren que se pongan en marcha los procesos de reforma social, y están queriendo quitar la válvula de seguridad para esperar que se queme todo. Los elementos liberales que se enfrentan con esta oposición están siempre mas sensibles a la influencia comunista⁷³.

Cabot proponía que las empresas estadounidenses aumentasen su nivel de inversión en el continente en apoyo a los procesos de reforma económica. El mismo escenario descrito por Cabot, fue repetido por Tad Szluc, profundo conocedor del contexto político latinoamericano, en un artículo del *New York Times* de 1956, es decir, sólo pocos meses antes que estallara la insurrección cubana. El autor señalaba el poderoso crecimiento de los movimientos nacionalistas a lo largo de América Latina y avisaba de la creciente influencia ejercida por Moscú

⁷³ «Cabot Points Way in Latin America», *The New York Times*, (18 de Marzo 1953): 47.

sobre ellos. Al mismo tiempo, Szluc afirmaba la necesidad de volver a una política mas sustancial de ayuda económica que favoreciese los planes de reformas y desarrollo planteados por los nacionalistas⁷⁴. El periodista estadounidense proponía para América Latina la misma estrategia que Washington estaba adoptando en Oriente Medio y Asia, es decir, intentar escindir nacionalismo y socialismo por medio del apoyo político a los procesos emancipadores y con ayuda directa a las reformas económicas empujadas por las elites nacionalistas, una vez alcanzado el poder.

En este sentido, una respuesta directa a la política continental adoptada por la administración republicana y que recogía de alguna manera los consejos tanto de Cabot cuanto de Szluc, vino al principio de la década de 1960 de la mano de la Alianza para el Progreso un programa de ayudas a las reformas económicas y sociales elaborado por la presidencia demócrata de John Fitzgerald Kennedy (1961-1963). La Alianza desmentía la política republicana de los años 50 y retomaba el apoyo a los procesos reformadores intentados por los nacionalistas durante los años 30 y 40.

En el explosivo contexto internacional de los años 50 se hizo difícil para la administración republicana canalizar parte de su atención, política y económica hacia América Latina. Es evidente que, desde un punto de vista económico, la ayuda estadounidense fue principalmente hacia Asia y Oriente Medio⁷⁵, donde la amenaza soviética era percibida de manera más tangible. Además, hay que subrayar que, para la administración republicana se hacía siempre más dificultoso cuadrar las cuentas en términos de presupuesto nacional. Eisenhower se había presentado con un programa de reducción gradual de los impuestos que había tenido que modificar⁷⁶ frente al reto representado por la política de coexistencia competitiva lanzado por Khrushchev⁷⁷. De hecho, frente a una previsión de 3.500.000 dólares de ayudas, presentada en el 56 para el año fiscal 57, la administración republicana se vio obligada a llevar hasta 4.500.000 de dólares el monto total de la ayuda a pedir al Congreso⁷⁸.

⁷⁴ «Latin Nationalism Challenges Policy of U.S., Survey Indicates», *The New York Times*, (13 de Abril 1956): 6.

⁷⁵ «Dulles indicates Shift in Aid from Europe to the Far East», *The New York Times*, (13 de Abril 1953): 1 y 18.

⁷⁶ En 1956, Eisenhower había tenido que reunciar a la reducción del cargo fiscal. Durante una rueda de prensa con respecto al tema así se había pronunciado: «no veo razones lógicas para reducir los impuestos, y realmente creo que hacerlo ahora no sería un buen servicio para nuestro interés nacional». «Transcript of the President's News Conference on Foreign and Domestic Matters», *The New York Times*, (26 de Abril 1956); «President Shifts Strategy on Aid», *The New York Times*, (26 de Abril 1956): 4.

⁷⁷ «President Shifts Strategy on Aid», *The New York Times*, (26 de Abril 1956): 4.

⁷⁸ «Eisenhower Joins Dulles in Pushing Foreign Aid Plan», *The New York Times*, (1 de Mayo 1956): 1 y 12.

Para una administración republicana se hacía entonces difícil justificar, frente a su electorado y al senado⁷⁹, un aumento del cargo fiscal para financiar, a su vez, un aumento de la ayuda que pudiese permitir la planificación de una diferente estrategia en América Latina. Semejante política iba a ser puesta en marcha por la nueva administración demócrata de Kennedy que, evidentemente, tenía menos problemas en pedir a su electorado la aceptación de un mayor cargo fiscal.

BIBLIOGRAFÍA

ALEXANDER Robert, J., *Communism in Latin America*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1957.

AMBROSE Stephen, E., *Eisenhower. Soldier and President*, New York, Simon and Schuster, 1983.

ANNINO Antonio, «Ampliar la Nación», Annino Antonio, Castro Leiva Luis, Guerra François Xavier (coords.), *De los imperios a las naciones: Iberoamérica*, Zaragoza, Iber-Caja, 1994.

APPLEMAN William, W., *The Tragedy of American Diplomacy*, New York, The Free Press, 1972.

AVIERI Shlomo, «Marxist and Nationalism», *Journal of Contemporary History*, Vol.26, No.3/4 (Septiembre 1991), 637-657.

BROGAN Patrick, *The Captive Nations, Eastern Europe: 1945-1990*, New York, Avon Books, 1990.

CARMAGNANI Marcello, *América Latina de 1880 a nuestros días*, Barcelona, Oikos-Tau, 1975.

CLAUDIN Fernando, *The Communist Movement. From Comintern to Cominform. Part Two, The Zenith of Stalinism*, New York and London, Monthly Review Press, 1975.

CLISSOLD Stephen (ed.), *Soviet Relations with Latin America, 1918-1968. A Documentary Survey*, London, New York, Toronto, Oxford Univeritary Press, 1970.

DIAZ ALEJANDRO Carlos, *Essays on the economic history of the Argentine Republic*, New Haven and London, Yale University Press, 1970.

DIVINE Robert, A., *Eisenhower and the Cold War*, New York and Oxford, Oxford University Press, 1981.

FUKUYAMA Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Editorial Planeta, 1992.

⁷⁹ En Estados Unidos el Senado es la institución que, según la Constitución y la práctica, tiene más competencia sobre las cuestiones de política exterior y sobre su financiación.

GADDIS John, L., *We Now Know. Rethinking Cold War History*, Oxford, Clarendon Press, 1997.

GILBERT Josep, M., «Lo que sabemos y lo que deberíamos saber: la nueva relevancia de América Latina en los estudios sobre la guerra fría», Daniela Spencer (ed.), *Espesjos de la guerra fría: México, América Latina y el Caribe*, México, D.F., Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Secretaría de Relaciones Exteriores, Miguel Angel Porrúa Librero Editor, 2004.

GLEJESES Piero, *Shattered Hope. The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1991.

HAJEK Milos, *Storia dell'Internazionale Comunista (1921-1935)*, Roma, Editori Riuniti, 1969.

HALPERIN DONGHI Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.

HOBBSBAMW Eric, J., *Il Secolo Breve*, Milano, RCS Libri, 1997.

_____, *I Rivoluzionari*, Torino, Einaudi Editore, 2002.

HOGAN Michael, *The Marshall Plan*, Charles Maier, S. (ed.), *The Cold War in Europe*, New York, Markus Wiener Publishing Inc., 1991.

HOUGH Jerry, F., «The Evolving Soviet Debate on Latin America», *Latin American Research Review*, Vol.16/1 (1981):124-143.

KANET Roger, E., *The Soviet Union and the Colonial Question*, en Roger E. Kanet (ed.), *The Soviet Union and the Developing Nations*, Baltimore and London, The John Hopkins University Press, 1974.

KENNEDY Paul, *The Rise and Fall of the Great Powers*, New York, Random House, 1987.

KNIGHT Alan, «Democratic and Revolutionary Traditions in Latin America», *Bulletin of Latin American Research*, Vol. 20/2, (2000): 147-186.

KREBS Ronald, *Dueling Vision, U.S. Strategy toward Eastern Europe under Eisenhower*, College Station, Texas A&M University Press, 2001.

LAMBERT Jaques, *América Latina. Estructuras Sociales e Instituciones Políticas*, Barcelona, Ediciones Aires, 1973.

LEHMAN Kenneth, «Revolutions and Attributions, Making Sense of Eisenhower Administration Policies in Bolivia and Guatemala», *Diplomatic History*, Vol.21/2, (Primavera 1997).

LIGHT Margot, *The Soviet Theory of International Relations*, New York, St Martin's Press, 1988.

LOYAZA Matthew, «An «Aladdin's Lamp» for Free Enterprise: Eisenhower, Fiscal Conservatism and Latin American Nationalism, 1953-61», *Diplomacy & Statecraft*, Vol.14/3 (Septiembre 2003): 83-105.

MAY Ernest, R., (ed.), *American Cold War Strategy, Interpreting NSC 68*, Boston, New York, Bedford-San Martin's, 1993.

MAYALL James, «Nationalism», Richard W. Bulliet (ed.), *The Columbia History of the 20th Century*, New York, Columbia University Press, 1998: 172-203.

MEAD Walter, R., *Special Providence. American Foreign Policy and how It Changed the World*, New York, Routledge, 2002.

NEAL Steve, *The Eisenhowers Reluctant Dynasty*, Garden City, New York, Doubleday & Company, Inc., 1978

RABE Stephen, G., *Eisenhower and Latin America, The Foreign Policy of Anticommunism*, Chapel Hill and London, University of North Carolina Press, 1988.

RUESCHEMEYER Dietrich, HUBER Evelyne, S. y STEPHEN John, D. (eds.), *Capitalist Development and Democracy*, Chicago, University of Chicago Press, 1992.

RUIZ JIMÉNEZ Laura, «Peronism and Anti-Imperialism in the Argentine Press: «Braden or Peron» Was Also Peron is Roosevelt», *Journal of Latin American Studies*, Vol. 30/3, (Octubre 1998): 551-571.

SETON-WATSON, Hugh, *The East European Revolution*, Boulder and London, Westview Press, 1985.

SIEKMEIER James, *Aid Nationalism and Inter American Nationalism. Guatemala, Bolivia and the United States 1945-1961*, Lewiston, New York, The Edwin Mellen Press, 1999.

SHINN William, T., Junior, «The National Democratic State: A Communist Program for less Developed Areas», *World Politics*, Vol. 15/3, (April 1963): 377-389.

TAUBMAN William, KHRUSCHEV Sergei y GLEASON Abbott (coords.), *Nikita Khrushchev*, New Haven and London, Yale University Press, 2000.

DI TELLA Torcuato, S. y LUCCHINI Cristina (eds.), *Una Aproximación al estudio de la sociedad y el Estado en América Latina*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2002.

TOURAINÉ Alain, *Come liberarsi del liberismo*, Milano, Il Saggiatore, 2000.

VIOLA Paolo, *L'Europa moderna. Storia di un'identità*, Torino, Piccola Biblioteca Einaudi, 2004.

WARNER Michael (ed.), *The CIA under Harry Truman*, Washington, Central Intelligence Agency, 1994.

This article offers an explanation of the reasons that led Dwight Eisenhower's Republican Administration (1953-1961) to develop support policies towards the Latin American authoritarian regimes in the 1950's. We think that the two previous Democrat Presidencies –those of Franklin Delano Roosevelt and Harry Truman- had supported the social and political reform projects taken

up by a new nationalist elite in charge in Latin America since the twenties. Our main hypothesis is that in the fifties, within an international context designed by Moscow's «Doctrine of Competitive Coexistence», Whashington's perception changed to considering nationalist policies as potential instruments of the Soviet Union's expansive strategies in developing areas. The outcome in Latin America was the break off of US' former compromise with the nationalist policies and the former's subsequent alignment with the antidemocratic tendencies in the continent.

KEY WORDS: *Latinamerican Nationalism, Democracy and Authoritarianism in Latin America, Dwight Eisenhower, US Foreign Policy, Cold War.*

Fecha de recepción: 10 de Enero de 2006.

Fecha de aceptación: 4 de Marzo de 2006.